

¿Quién hizo el mundo? Fuentes orales y política en la cultura de los obreros argentinos

Pablo Pozzi, Universidad de Buenos Aires

A partir de fuentes orales y de testimonios recopilados en el archivo del Programa de Historia Oral de la Universidad de Buenos Aires, este trabajo intenta una aproximación al análisis de la persistencia de una cultura izquierdista a nivel subterráneo vinculada con el “sentido común” popular a partir del estudio de canciones y anécdotas. La hipótesis central es que esta cultura expresa un nivel de conciencia “en sí” que ha permitido la subsistencia de la izquierda orgánica a pesar de la represión y que, además, aporta a explicar la persistencia y la dureza de la conflictividad social a través del tiempo. Así, la ponencia se centrará en tres temas interrelacionados. Primero, las ideas políticas subyacentes en expresiones populares como el tango y los chistes. Segundo, el “sentido común” implícito en estas expresiones. Y tercero, la construcción de un concepto específico de relaciones sociales que puede ser tildado “lucha de clases”.

Hacía pocos años que había terminado la guerra de España y la cruz y la espada reinaban sobre las ruinas de la República. Uno de los vencidos, un obrero anarquista, recién salido de la cárcel, buscaba trabajo. En vano revolvía cielo y tierra. No había trabajo para un rojo. Todos le ponían mala cara, se encogían de hombros o le daban la espalda. Con nadie se entendía, nadie lo escuchaba. El vino era el único amigo que le quedaba. Por las noches, ante los platos vacíos, soportaba sin decir nada los reproches de su esposa beata, mujer de misa diaria, mientras el hijo, un niño pequeño, le recitaba el catecismo.

Mucho tiempo después, Josep Verdura, el hijo de aquel obrero maldito, me lo contó. Me lo contó en Barcelona, cuando yo llegué al exilio. Me lo contó: él era un niño desesperado que quería salvar a su padre de la condenación eterna y el muy ateo, el muy tozudo, no entendía razones.

Pero papá – le dijo Josep, llorando. – Si Dios no existe, ¿quién hizo el mundo?

Tonto – dijo el obrero, cabizbajo, casi en secreto – Tonto. Al mundo lo hicimos nosotros, los albañiles.¹

El ingeniero Antonio Baltar, profesor universitario, exilado en 1965, posteriormente invitado a trabajar en la CEPAL [Comisión Económica y Política para América Latina y el Caribe], concluyó su historia de vida con un relato oído en la calle, de un zapatero remendón. Observa

¹ Eduardo Galeano, *El libro de los abrazos* (Buenos Aires: Siglo XXI, 1989), 2.

Baltar que, en el casual encuentro con el zapatero compañero de prisión, éste le describió lo que había ocurrido cuando pasó a ser interrogado por un coronel.

“El coronel le preguntó al zapatero: ‘Don fulano, ¿a usted le gusta mucho el cine?’ Éste respondió: ‘Señor, soy un zapatero remendón, tengo seis hijos, el dinero da apenas para comprar la comida de los niños. No voy al cine.’ El coronel afirmó: ‘Pero usted es del Partido Comunista’. El zapatero respondió: ‘Vea, ya escuché hablar algo de esa cuestión de comunista, pero no sé al cierto a qué se refiere’. Entonces el coronel sacó del cajón del escritorio una fotografía del cine Elite, de Campo Grande, un homenaje a Luíz Carlos Prestes. Fotografía de frente. Prestes al medio. A la izquierda, el cuarto sujeto era el zapatero. No había duda alguna. Entonces éste apuntó para la fotografía y dijo: ‘Coronel, ¡Virgen María!, que hombre más parecido a mí!’.”²

Ambos testimonios citados más arriba son sumamente interesantes. Primero de todo son seductores: en ambos casos relatan una historia donde aun en la derrota los protagonistas se niegan a rendirse. Así los relatos transmiten una visión cuasi heroica tanto del anarquista como del comunista. Aun confrontado con una prueba “irrefutable” uno no cede ante la represión mientras que el otro, aplastado por la derrota, insiste en transmitirle a su hijo el principio de dignidad central a su causa. Segundo, son ambas historias típicas: un comienzo que establece la situación, un desarrollo donde el protagonista es empujado hacia el abismo, y un remate donde éste se sobrepone y establece su humanidad. Quizás uno de los elementos más interesantes de ambas historias es que “suenan” verídicas sobre todo en cuanto a los sentimientos: queremos que sean ciertas, y que la dignidad humana triunfe sobre la opresión. Pero, tercero, ¿son verídicas?

En realidad no lo sabemos. Más aun, ni siquiera el que nos lo relata sabe de su veracidad, aunque al hacerlo establece que cree en ella. Baltar le cuenta a Montenegro que un compañero de prisión, un zapatero, le contó tal cosa. A su vez Galeano nos cuenta lo que dice que le contó Joseph Verdura. En ninguno de los dos casos hay un elemento de prueba, una evidencia de la veracidad de lo relatado. Es más ni siquiera sabemos si lo que nos transmiten es efectivamente lo que les contaron o si no es simplemente lo que quisieron escuchar, y como tal una construcción. Y sin embargo, Galeano y Montenegro, al igual que el lector, lo aceptan y transmiten como verídico. ¿Por qué? La única respuesta posible es que lo relatado se vincula con un “sentido común” construido durante décadas. Lo que sugiere es que en la acepción popular los anarquistas son ejemplos de dignidad y de principios; al igual que el obrero comunista da pruebas de inteligencia y rapidez de

² Antonio Torres Montenegro, *Veredas de la Memoria y Metodología e Historiografía* (Mimeo. 1995), 38-39.

respuesta; en síntesis son revolucionarios y por lo tanto excepcionales. En cierta forma ambos recuerdan a la novela de Mario Benedetti, *Pedro y el capitán* donde aun en la tortura triunfa el guerrillero; o a la obra de Julius Fucik, *Reportaje al pie del patíbulo*, donde el comunista es capaz de resistir hasta en el campo de concentración de los nazis.

No se trata simplemente de la credulidad sino de una estructura de sentimiento, al decir de Raymond Williams, por la cual el obrero politizado es depositario de criterios de dignidad, firmeza, y sobre todo de principios liberadores. Dicho de otra forma, no es sólo una cuestión de “ser rebelde” a secas, sino más bien de tener principios emancipadores que llevan a “ser rebelde”. Lo fundamental no es la rebeldía sino el carácter ideológico de los protagonistas. Esto debería quedar aun más claro si modificamos la adscripción política de los protagonistas. Ambas historias sonarían falsas si ellos fueran fascistas o nacionalistas. En cambio el mero hecho de que el padre de Verdura es anarquista le da, en nuestra cultura, un viso de veracidad a su historia.

Por último, lo anterior a menudo no se puede vislumbrar en los documentos escritos. Esto se debe a que la documentación escrita tiende a verse fuertemente marcada por la lógica (más o menos racional) del que la escribe. A su vez, esto tiende a minimizar, cuando no a suprimir, sentimientos a menudo considerados aleatorios a un informe, un parte policial, o un artículo periodístico. Con esto no quiero decir que no exista subjetividad en los documentos escritos, de hecho todo documento refleja no sólo lo que allí se relata sino también el cómo el escritor lo ve y lo pondera. Si bien un documento escrito también es una fuente para la subjetividad, esta queda más patente, o sea más explícita en las fuentes orales. Es en los relatos, en las tradiciones, en los testimonios, o sea en la oralidad, donde nos podemos aproximar con mayor facilidad a estas estructuras de sentimiento.

La historia oral recurre a las fuentes orales como acceso privilegiado a un mundo que por lo general no queda asentado en las fuentes escritas. La construcción de nuestras fuentes orales ha tendido a girar en torno al proceso de la entrevista, donde investigador y testimoniante construyen una nueva fuente a partir de la evocación y de las difíciles reglas de la memoria. Sin embargo, la tradición oral también constituye un recurso valioso para el historiador. Raymond Williams definió “tradición” como “una forma de transmitir conocimientos de padre a hijo”³, lo cual supone un carácter eminentemente oral. También especificó que toda tradición es “intencionalmente selectiva de un pasado configurativo y de un presente configurado, que resulta entonces poderosamente operativo dentro del proceso de definición e identificación cultural y social” que constituyen una subjetividad subalterna.⁴ Uno de los elementos centrales, además de los

³ También aclaró que es un concepto difícil de definir en forma precisa. Raymond Williams. *Keywords*. New York: Oxford University Press, 1985. Pág. 319.

⁴ Raymond Williams. *Marxismo y literatura*. Barcelona: Ediciones Península, 1980. Pág. 137.

testimonios, para rastrear esa subjetividad subalterna a través de generaciones es el de las tradiciones orales que descienden de padres a hijos y conforman la cultura popular.

Por su parte, refiriéndose a su estudio sobre “los camisardos” del siglo XVIII, Philippe Joutard nos aclara la importancia de la tradición oral como una fuente importante para la historia. “Después de dos siglos, el recuerdo seguía vivo y preciso gracias a la forma y a los procedimientos de la leyenda. La reflexión histórica se ejercerá al mismo tiempo sobre la elección de la memoria colectiva, pero también sobre todos los detalles anexos ‘inventados’, que no por eso dejan de expresar menos la sensibilidad colectiva”.⁵ Por supuesto, el plantearse que toda leyenda, anécdota, cuento o canción registra una huella del pasado revela una ingenuidad sorprendente. Pero no por eso deben ser automáticamente desechadas. Como con toda fuente su utilidad deviene de los objetivos y del uso que hace el historiador de las mismas. Una entrevista contiene elementos que aportan información precisa (y que puede ser cotejada con otras) al igual que una plétora de impresiones y recuerdos que aportan a comprender la subjetividad de un hecho, de momento histórico o de una sociedad determinada. Lo mismo podemos decir de las tradiciones orales. De hecho, uno de los aspectos más interesantes de la tradición oral es que nos permite rastrear subjetividades y ese mundo tan complejo que Raphael Samuel llamó “los teatros de la memoria”.⁶ En particular, nos permite acceder a la cultura, a las motivaciones y al mundo de lo que se ha denominado “clases subalternas” a través de generaciones. Efectivamente canciones, poemas, chistes, anécdotas pueden constituirse en una fuente importantísima para comprender la subjetividad de los explotados. La característica común de estas fuentes es su oralidad: son hechas, recordadas y transmitidas oralmente y no tienen la misma fuerza o significado al ser leídas puesto que su evocación es a los sentimientos (la subjetividad) y no a la razón. Así se constituyen en un elemento central para intentar comprender la subsistencia de estructuras de sentimiento que constituyen culturas en contraposición a las hegemónicas y dominantes.

Debería quedar claro que las tradiciones que se transmiten de generación en generación no son inmutables, y su significado no es único ni unívoco. De hecho, cada época recoge las tradiciones del pasado y las resignifica según su realidad y sus necesidades. Por ejemplo, en 1991 los obreros ferroviarios argentinos en huelga coreaban “si en el 61 no pudieron, en el 91 mucho menos”. La referencia era a la durísima huelga ferroviaria de 1961. Sin embargo, la huelga de 1961 resultó en una derrota y un retroceso para el movimiento ferroviario. Pero lo que recogían los huelguistas treinta años más tarde, era la tradición poderosa de haber luchado con lo que se recuerda como dignidad y heroísmo. Lo que se transmite, a través de décadas

⁵ Philippe Joutard. *Esas voces que nos llegan del pasado*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1999. Capítulo 7.

⁶ Raphael Samuel. *Theaters of Memory*. 2 vols. London: Verso Books, 1994.

y con significados distintos, es una noción de “nosotros contra ellos” que sirve para cohesionar una clase social determinada, conformando una estructura de sentimiento que subyace y articula los comportamientos a través de dotar de significado a las tradiciones en épocas distintas y “enseñando” un comportamiento colectivo “correcto”. Así, la tradición se mantiene y al mismo tiempo cambia en el contexto de las necesidades (o sea de los conflictos) sociales convirtiéndose en un elemento articulador de la cultura obrera y, junto con la experiencia, de la conciencia de clase.

En el caso argentino uno de los elementos más notables es la persistencia de una serie de elementos y percepciones contestatarios que generan serios problemas a la hegemonía de las clases dominantes y que son transmitidas a través de la tradición oral. En realidad estos elementos conforman una cultura clasista, un “nosotros” contra un “ellos”, que subyace tanto las prácticas de movilización popular, como la permanente reconstrucción de organizaciones contestatarias, y una notable combatividad, todo a pesar de la represión constante ejercida desde el estado. De hecho el concepto de clase social en sí mismo es inseparable de las “estructuras de sentimiento”⁷ que conforman la argamasa cohesionadora del mismo. Es aquí donde la historia oral puede hacer un aporte fundamental a través del análisis de las tradiciones clasistas expresadas en las más diversas fuentes orales.

Tal como lo analizaron James Petras⁸ y Daniel James⁹, los trabajadores argentinos históricamente han expresado un fuerte sentimiento de clase que en algunos análisis ha sido superpuesto y confundido con la llamada cultura peronista. Lejos de ser meramente peronista o “híbrida”, la cultura de la clase obrera¹⁰ en Argentina ha tradicionalmente desarrollado una fuerte percepción de “nosotros versus ellos”, donde la burguesía ha sido identificada no sólo como diferente sino como antagonista. Esto no implica ningún tipo de criterio revolucionario, sino más bien una serie de tradiciones, costumbres y usos que son traducidos en una disputa sobre el control de la producción¹¹.

En la Argentina lo que se puede llamar la “cultura”, el “sentido común”, se encuentra entrelazado con conceptos tradicionalmente vinculados a nociones izquierdistas: lo bueno se vincula a la solidaridad, el compañerismo, el sindicato; mientras que en general los patrones son

⁷ Williams, op. cit., 1980.

⁸ James Petras. “Terror and the Hydra: the Resurgence of the Argentine Working Class”; en James Petras, Eugene Havens, Morris Morley y Peter DeWitt. *Class, State and Power in the Third World*. New Jersey: Rowman and Littlefield, 1981.

⁹ Daniel James. “Racionalización y respuesta de la clase obrera: contexto y limitaciones de la actividad gremial en la Argentina”; *Desarrollo Económico*, 83 (Octubre-Diciembre 1981).

¹⁰ José Nun. *Averiguación sobre algunos significados del peronismo*. Buenos Aires: Editorial Espacio, 1994.

¹¹ Esta lucha por el control de la producción implica una tática, y en muchos casos inconsciente, disputa no sólo de la distribución del producto sino también de la propiedad privada en sí. La propiedad privada sobre los medios de producción es lo que permite la apropiación cada vez mayor de la plusvalía. Cuestionar el cómo ésta se distribuye en la práctica implica atacar la propiedad privada de los medios de producción en sí misma.

considerados explotadores. Cuando el dirigente sindical gastronómico Luis Barrionuevo dijo “no se hace plata trabajando” todos los argentinos sabían de qué estaba hablando. Era parte del sentido común que los ricos son ladrones.

Esta cultura, o sentido común, se remonta a la conformación de la clase obrera argentina a fines del siglo XIX. Así se la puede encontrar tanto en canciones políticas como en la música popular o en cuentos y anécdotas desde principios del siglo XX. Como elemento de comparación posterior partamos de ver, brevemente, *Hijo del Pueblo*, el himno anarquista cantado en la mayoría de los actos de trabajadores argentinos entre 1880 y 1920.

Hijo del Pueblo **Himno revolucionario**

Hijo del pueblo te oprimen cadenas
y esa injusticia no puede seguir
si tu existencia es un mundo de penas
antes que esclavo prefiero morir.

Esos burgueses, asaz egoístas,
Que así desprecian la Humanidad,
Serán barridos por los anarquistas
Al fuerte grito de Libertad.

¡Ah! Rojo pendón
no más sufrir,
la explotación
ha de sucumbir.
Levántate, pueblo leal,
Al grito de revolución social.
Vindicación no hay que pedir
sólo la unión
la podrá exigir.
Nuestro pavés
No romperás.
Torpe burgués
¡Atrás! ¡Atrás!

Las imágenes que evoca son claras: los burgueses son torpes, egoístas, que desprecian a la humanidad. En contraposición presenta a los trabajadores en lucha contra la esclavitud, cuyo sufrimiento terminará con la lucha de todo el pueblo unido en su lealtad a la libertad. Su apelación es a los sentimientos, y no a la razón, y al sentido común de los trabajadores, donde el pueblo equivale a todo aquel que trabaja y no al que vive del trabajo ajeno. El tono heroico, la reivindicación de la dignidad humana enfrentada a su antítesis burguesa recuerda a las expresiones del radicalismo artesanal del siglo XVIII (en

particular a los sans culottes) y a los escritos de Tomás Paine. Así entroncan claramente con un sentido común aceptado y que, por ende, se vincula fácilmente con el imaginario popular aun el día de hoy. El impacto de estas nociones anarquistas y clasistas —por lo menos en la Argentina— se puede visualizar en una anécdota repetida hasta el cansancio por trabajadores argentinos, más allá de su filiación política o ideológica:

Un anarquista se encontraba parado en una esquina de la ciudad de Buenos Aires. De repente se desmaya debido a que no ha comido nada durante mucho tiempo. La gente lo recoge y encuentra un fajo de dinero en su bolsillo. “Pero, si tienes dinero. ¿Por qué no compras comida?”, le preguntan. El anarquista responde: “Por que es el dinero del sindicato”.

Los conceptos que refleja esto deberían ser claros: no es tanto una adhesión (o comprensión) del anarquismo como ideología, sino más bien el concepto transmitido de generación en generación de que los anarquistas (y por ende los “zurdos”) son honestos, a diferencia de los dirigentes sindicales actuales. Una vez más lo subyacente es que el trabajo es digno y honesto, y si los anarquistas reivindican a los trabajadores entonces, por extensión, éstos son dignos y honestos. Así, la crítica más común a la izquierda es la de no estar a la altura de lo que pregona o de sus ideales; en la Argentina a nadie se le ocurriría vincular a los políticos tradicionales, y menos aun a los empresarios, con estos valores como la honestidad o la solidaridad.

Tanto *Hijo del Pueblo* como la anécdota tienen un contenido transparente. Que este contenido trasciende lo meramente político-ideológico se puede vislumbrar si consideramos, brevemente, dos tangos. El tango fue una música urbana propiamente argentina (y sobre todo de Buenos Aires), fusionando distintas expresiones musicales cuya letra se expresa principalmente en “lunfardo” o sea en el argot del arrabal. El primero fue el tango más popular en 1932, mientras que el segundo tuvo su popularidad hacia fines de la década de 1920.

Se viene la maroma (Batistela, Romero y Delfino)

Cachorro de bacán,
Andá achicando el tren;
Los ricos hoy están
Al borde del andén.
El vento del cobán,
El auto y la mansión,
Bien pronto rajarán
Por un escotillón.
Parece que está lista y ha rumbiao

La bronca comunista para este lao;
Tendrás que laburar para morfar...
¡Lo que te van a gozar!
Pedazo de haragán,
Bacán sin profesión;
Bien pronto te verán
Chivudo y sin colchón.
¡Ya está! ¡Llegó!
¡No hay más que hablar!
Se viene la maroma sovieta.
Los orres ya están hartos
De morfar salame y pan,
Y hoy quieren morfar ostras
Con sauternes y champán.
Aquí ni Dios se va a plantar
El día del departo a la romana
Y hasta tendrás que entregar a tu hermana
Para la comunidá...
Y vos que amarrocás
Vintén sobre vintén,
La plata que ganás
Robando en tu almacén.
Y vos que la gozás
Y hacés el parisién,
Y solo te tragás

El morfi de otros cien...
¡Pa' todos habrá goma, no hay cuidao...!
Se viene la maroma pa' este lao:
El pato empezará a dominar...
¡cómo la vamo a gozar!

Pedazo de haragán,
Bacán sin profesión;
Bien pronto te verán
Mangando p'al buyón.

Observemos las imágenes que nos brinda este tango: al igual que en la visión anarquista los burgueses son haraganes, sin educación cuyo consumo es suntuario. Pero, además, el burgués típico es... el almacenero. Esto refleja que es el comerciante de barrio el que es considerado como el arquetipo del explotador y del rico, ya que era la persona con la que lidiaba el trabajador cotidianamente a través de la libreta de raya y en los vecindarios; de hecho en numerosas barriadas obreras el almacén era propiedad de los patrones de fábrica. Aun más, si bien refleja el machismo de la época, también es evidente

su reivindicación de la revolución soviética. Pero esta última no es tomada como una propuesta ideológica sino más bien como una revancha de los “de abajo”. Estos temas se repiten en el segundo tango:

Haragán (Romero, Bayón Herrera y Delfino)

La pucha que sos reo y enemigo de yugarla,
La eskena se te frunce
Si tenés que laburarla.
Del orre batallón vos sos el capitán,
Vos creés que nacistes pa' ser un sultán.
Te gusta meditarla
Panza arriba en la catrera
Y oír las campanadas del reló de Balvanera.
Salí de tu letargo, ganate tu pan,
Si no, yo te largo, sos muy haragán.

Haragán,
Si encontrás al inventor del laburo lo fajás;
Haragán,
Si seguís en ese tren yo te amuro; cachafáz,
Grandulón,
Prototipo de atorrante,
Robusto
Gran bacán,
Despertá
Si dormido estás, pedazo de haragán.

El día del casorio dijo el tipo e' la sotana:
“El coso debe siempre
mantener a su fulana”,
y vos interpretás las cosas al revés;
que yo te mantenga es lo que querés.

Al campo a cachar giles,
Qu'el amor no da pa' tanto,
A ver si se entrevera
Por que yo ya no la aguanto.
Si en tren de cara rota pensás continuar
“Primero de Mayo” te van a llamar.

Un vez más, el tema central es que el trabajo dignifica, mezclado con fuertes criterios machistas. Pero al mismo tiempo hay dos cosas notables. El haragán cree “ser un sultán” y se lo define como “gran bacán”, o sea burgués y

rico explotador. Asimismo, la expresión final es notable: ¿Por qué Primero de Mayo y no feriado, domingo o navidad? La respuesta debería ser obvia: porque el Primero de Mayo descansan los trabajadores, mientras que los otros días no contienen un significado de dignidad clasista y de conquista obrera; es más, sólo el Día de los Trabajadores existe en contraposición a la explotación burguesa. Las imágenes evocadas por estos dos tangos se asemejan a las del himno anarquista donde “nosotros” somos gente de trabajo (hicimos el mundo como le contaron a Galeano) mientras que “ellos” son haraganes, torpes, egoístas, explotadores. La popularidad de ambos tangos demuestra que estos conceptos eran aceptados comúnmente y como tal integraban la cosmovisión de los trabajadores argentinos de la época.

Que lo anterior no fue meramente una expresión efímera, sino que conforma una cultura política obrera, se evidencia en el himno del principal movimiento político popular argentino. Consideremos, brevemente,

La marcha peronista

Los muchachos peronistas
Todos unidos triunfaremos,
Y como siempre daremos
Un grito de corazón:
¡Viva Perón! ¡Viva Perón!

Por ese gran argentino
Que se supo conquistar
A la gran masa del pueblo
Combatiendo al capital.

¡Perón, Perón, qué grande sos!
¡Mi general. Cuánto valés!
¡Perón, Perón, gran conductor!
¡Sos el primer trabajador!

Por los principios sociales
Que Perón ha establecido
El pueblo entero esta unido
Y grita de corazón:
¡Viva Perón! ¡Viva Perón!

Por ese gran argentino
Que trabajó sin cesar,
Para que reine en el pueblo
El amor y la igualdad.

La Marcha Peronista bien podría ser una variante de himno izquierdista. Una vez más se repiten temas: el valor del trabajo, la igualdad, la crítica al capital. La antítesis debería ser obvia: los capitalistas no trabajan, no desean la igualdad, están en contra del amor. Y aquí la historia oral nos revela un aspecto más que sugerente: el peronismo no sólo se plantea como heredero y superador de la izquierda, sino que resignifica toda una serie de estructuras de sentimiento fuertemente enraizadas en las tradiciones obreras y la subjetividad de los trabajadores argentinos, para sugerir una de las principales razones de su subsistencia y fuerza política durante más de medio siglo. Al decir de los mismos adherentes al peronismo: “es un sentimiento”.

Que estos conceptos perduran hasta nuestros días se puede ver no sólo por la supervivencia de estas canciones, sino también por el siguiente cuento que circulaba en medio obreros argentinos a mediados de la década de 1990. El cuento a continuación es revelador de los vínculos entre las tradiciones clasistas y la sensación que tienen muchos trabajadores argentinos sobre el deterioro de la condición obrera en las últimas décadas: en su percepción las causas de este deterioro se encuentran más en el accionar del gobierno y de los empresarios que en el desempeño de los mismos trabajadores. Más aun, los empresarios y el gobierno son presentados como inútiles, ineficientes y causantes de los problemas del país, a pesar de que insisten en culpar de ello a los trabajadores. En este sentido, el cuento revela, una vez más, la subsistencia subterránea de una subjetividad clasista que se expresa en tradiciones que conforman una estructura de sentimiento determinada. Esta subjetividad es lo que subyace la cohesión de clase y la combatividad obrera argentina hasta el día de hoy. En otras palabras, a pesar de las numerosas derrotas, de la muerte de miles de activistas, del aumento del desempleo y de la destrucción de sus formas de organización, estas tradiciones permiten la subsistencia de una perspectiva clasista, traducida en nociones culturales, que cohesiona a la clase obrera argentina en defensa de sus intereses.

Historia de remeros

Refieren normas latinoamericanas que al celebrarse una competencia de remo entre Japón y Argentina, los remeros japoneses se destacaron desde el comienzo. Llegaron a la meta una hora antes que el otro equipo. De regreso a su país, los argentinos fueron citados por el comité Ejecutivo que se reunió para analizar las causas de tan desconcertante e imprevisto resultado. Las conclusiones a que llegaron centraban el problema en la constitución del equipo.

Equipo Japonés: un jefe de equipo y diez remeros.

Equipo Argentino: 10 jefes de equipo y un remero.

La decisión pasó a la esfera de planificación estratégica para el próximo año, recomendando una reestructuración que calaría en lo más profundo de la delegación argentina. Producida la largada de la nueva competencia, el equipo japonés volvió a adelantarse desde el

comienzo, y esta vez arribó a la meta dos horas antes. El nuevo análisis del comité ejecutivo arrojó los siguientes resultados. El equipo argentino, luego de los cambios introducidos, tenía la siguiente composición: un jefe de equipo, dos asistentes al jefe, siete jefes de sección y un remero. El equipo japonés, la misma composición del año anterior. La conclusión del comité fue unánime y lapidaria: "el remero es un incompetente."

Al año siguiente se presentó una nueva oportunidad para el equipo argentino. El departamento de Nuevas Tecnologías y Negocios había puesto en marcha un plan que introducía novedosas modificaciones que generarían sin lugar a dudas incrementos sustanciales en la eficiencia. Sería la clave del éxito, el broche de oro de un trabajo que humillaría al mismísimo Peter Drucker (gran remero). Este año el resultado fue catastrófico, el equipo japonés llegó tres horas antes que el argentino. Las conclusiones revelaron datos escalofriantes. Para desconcertar, los japoneses optaron por la alineación tradicional, un jefe de equipo y diez remeros. El equipo argentino había utilizado una novedosa formación vanguardista integrada por:

- 1 asesor *empowerment*
- 1 supervisor *downsizing*
- 1 analista de procedimientos
- 1 experto en tecnología
- 1 contralor
- 1 jefe de sección
- 1 apuntador de tiempos
- 1 jefe de equipo
- 1 asistente al jefe
- y un remero

Luego de varios días de agotadoras reuniones y profundo análisis el comité decidió castigar AL REMERO quitándole los bonos e incentivos por el fracaso alcanzado. En reunión de cierre el comité y los accionistas representativos concluyeron..... Para el próximo año recurriremos a la contratación de un nuevo remero, pero a través de *outsourcing* con el objeto de no tener que lidiar con el sindicato y no estar atados a convenios laborales anquilosados que degradan la eficiencia y productividad de los recursos.

De la anterior historia se desprenden cuatro moralejas:

1. No hay justicia en los juegos olímpicos.
2. Los japoneses usan anabólicos.
3. El remero era reactivo en lugar de proactivo, era flojo y no se apegó a la misión, visión, objetivos, estrategias y tácticas del sistema; Y por si fuera poco no supo trabajar en equipo.
4. Por gente como este remero nuestro país no progresa.

¿Cómo explicar la riquísima historia de militancia obrera a través de más de un siglo sin recurrir a la subjetividad a través de las tradiciones orales? Basta un brevísimo recorrido de hechos para darnos una idea de lo que queremos decir: la participación en la Primera Internacional, la temprana presencia anarquista y socialista, las movilizaciones del primer Primero de Mayo, la participación tanto en la Segunda como en la Tercera Internacional, el primer diputado socialista de América, la fundación del partido Comunista en 1917, el primer diputado comunista (Miguel Burgas en 1924), la primera intendencia comunista en 1928 (Villa Huidobro en la provincia de Córdoba), la existencia de la Asociación Comunista Femenina a partir de 1925 que organizaba a las mujeres de los peones rurales, la alta tasa de conflictos obreros y rurales en ciudades medianas y pueblos pequeños del interior. Asimismo, un análisis de la procedencia de la militancia guerrillera entre 1966 y 1980 demuestra que muchos de aquellos eran oriundos de estos mismos pueblos, con un elevado porcentaje de extracción obrera.¹² Lugares como Cruz del Eje, Río Cuarto, Morteros y San Francisco en la provincia de Córdoba, o Venado Tuerto, Rafaela, Felicia y Reconquista en Santa Fe, o Diamante y La Paz en Entre Ríos tuvieron una cantidad importante de sus hijos militando en las organizaciones izquierdistas y guerrilleras.¹³ El análisis de las tradiciones orales contribuye a encontrar un principio de explicación en la construcción de la subjetividad obrera y popular a través de sus tradiciones.

La historia oral, y el rescate de diversas fuentes orales, permiten una aproximación a la subjetividad que hizo posible este desarrollo. Las contribuciones de la Historia Oral no se limitan al plano metodológico: en tanto contribuye a la toma de conciencia, alimenta el surgimiento de nuevos puntos de vista, nuevos debates y, en consecuencia, la posibilidad de un enriquecimiento mucho mayor del conocimiento histórico. Así, la Historia Oral ha intentado no sólo el rescate de la memoria de sectores antes marginados en su protagonismo, sino el crecimiento de los niveles de conciencia de aquellos como protagonistas de esta historia, y de una realidad que puede ser modificada.

Los ejemplos citados más arriba deberían resultar más que sugerentes para cualquier interesado en la historia de los trabajadores argentinos. Especialmente porque parecen indicar que la percepción que hemos tenido sobre los obreros argentinos no se condice con la realidad. En ambos parece quedar claro que el clasismo es más importante que la adhesión política; que el macartismo peronista existió pero con límites entre los trabajadores comunes; y que el proceso de politización y militancia de izquierda tuvo más que ver con la experiencia de la vida obrera que con propuestas programáticas. Esto parece indicar una politización muy amplia y mucho más heterogénea y fluida de lo que hemos supuesto hasta ahora, lo cual nos llevaría a reconsiderar

¹² Pablo Pozzi. *Por las sendas argentinas... El PRT-ERP, la guerrilla marxista*. Buenos Aires: EUDEBA, 2001.

¹³ Pablo Pozzi y Alejandro Schneider. *Los "setentistas". Izquierda y clase obrera (1969-1976)*. Buenos Aires: EUDEBA, 2000.

distintos aspectos sobre la estructuración de la sociedad política argentina contemporánea.

Evidentemente lo importante de estas fuentes orales no es la veracidad de las mismas, sino más bien la posibilidad de rastrear sentimientos a través del tiempo. En toda memoria y en toda tradición podemos encontrar elementos de hechos y de sentimientos de la época. La memoria política no se da desde el hoy hacia el pasado, es más bien una relación dialéctica de ambos y entre esto y la vida y la cultura del entrevistado. Así se asemeja sobre todo a una estructura en solución o a una experiencia dinámica y viva cuyas lecciones y utilidades son siempre cambiantes aunque ancladas en un pasado real. Cada testimonio en particular marca diferencias y similitudes en la memoria de los trabajadores argentinos. Las similitudes en la descripción y perspectiva que brindan los mismos testimonios, más allá del origen regional, del oficio, el género y la ideología que detentaban, reflejan una serie de tradiciones (casi un folklore) que pueden ser interpretados como una “cultura obrera o izquierdista”. Estas tradiciones se traducen en una subjetividad que expresa estructuras de sentimientos comunes a todos los obreros argentinos. Tomado de conjunto, este tipo de fuente parece encerrar una singular vitalidad y una permanente actualización del ideario obrero que se convierte en una ideología subalterna y contestataria.¹⁴ Si tomamos en cuenta fuentes históricas como las anteriores, lo que cobra una importancia fundamental es incorporar la subjetividad política al estudio histórico del período.

¹⁴ Ideología en el sentido de un “sistema de creencias característico de un grupo o una clase particular” y un “proceso general de producción de significados e ideas”. Williams, op.cit., 1980, 71.